

José Rasal Río

El deportado de Biscarrués que salvó a la niña judía Helga Weissová en Mauthausen

Jesús INGLADA ATARÉS
Profesor de Historia en el IES
Pirámide de Huesca

PARA HITLER, la naturaleza era la única, brutal y abrumadora verdad. Partiendo del lugar común del siglo XIX que preconizaba que las actividades humanas podían entenderse como biología, Hitler estableció que la ley de la selva era la única ley. Como ha señalado Timothy Snyder en su obra *Tierra Negra*, Hitler entendía que “las personas debían reprimir toda tendencia a la compasión y ser todo lo codiciosas que pudieran”. Y es que para este narcisista y vehementemente nihilista dictador, sin la más mínima piedad, “el incesante conflicto de razas no era un elemento más de la vida sino su esencia... La lucha era la vida, no un medio para conseguir un fin... No había fin, solo crueldad. La lucha era una verdad total y tangible. Los débiles tenían que ser dominados por los fuertes, ya que el mundo no está hecho para los cobardes”.

Según esta cosmovisión racista hitleriana –analizada por Snyder–, la piedad y la solidaridad humanas violaban el orden natural, pues permitían sobrevivir a los débiles. Detrás del triunfo de la razón –que se oponía al paraíso de la sangre hitleriano–, detrás de toda consideración ética universal –que reclama la piedad hacia los débiles–, estaban los judíos. Para Hitler, tanto el socialismo como el cristianismo eran dos falsos universalismos judíos. La solidaridad humana que ambos defendían atentaba contra ese “evangelio del derramamiento de sangre hitleriano”. La gran amenaza para la “armonía” del mundo hitleriano vendría dada por la “debilidad” humana de considerar a esas razas inferiores como seres humanos. Por eso, una muestra de compasión, de piedad, hacia un ser desvalido –y que otro ser más desvalido podía haber que una niña judía enferma en un campo nazi–, como la que protagonizó nuestro amigo José Rasal en el infierno de Mauthausen, atentaba contra los pilares esenciales del nazismo. ¿Quién fue aquel osado que se atrevió a desafiar –con grave riesgo para su vida– los designios de muerte de los nazis?

De casa “Casildo” de Biscarrués

José Lucas Rasal Río nació en Biscarrués el 18 de octubre de 1908. Era el cuarto de los cinco hijos habidos en el matrimonio de José Rasal Borau y María Río Torralba, naturales y vecinos ambos de Biscarrués. El primer fruto de la pareja fue una niña, Pilar, nacida el 29 de septiembre de 1899. El segundo hijo, José, nacido el 11 de mayo de 1902, falleció antes de cumplir los dos años. A la misma edad murió el tercer vástago, M^a Rosario, nacida el 3 de octubre de 1906. Después de Rosario llegaron nuestro protagonista, José Lucas, y el benjamín, Jesús Pascual, que vino al mundo el 17 de abril de 1914.

Con el cultivo de las pocas tierras de su propiedad, incrementadas con otras que llevaban en arriendo, más un poco de ganado, José Rasal Borau y María Río Torralba fueron sacando a flote a esta familia de casa “Casildo”, denominada así por el nombre del fundador de la saga y abuelo de nuestro protagonista, Casildo Rasal Polo. Los tres hijos –Pilar, José y Jesús– ayudaron al sustento familiar casi desde la cuna, especialmente con el cuidado del rebaño. Según nos ha comentado Ángel Marcuello Pérez, su tío José, nuestro protagonista, era un hombre sencillo y a la vez inteligente, que hablaba y escribía con gran corrección, que sabía de aritmética, de geometría... Y que era, sobre todo, un hombre de palabra. Como lo demuestra un hecho que protagonizó en su juventud. Habiéndose apalabrado unas condiciones determinadas con el propietario de unas tierras que llevaban en arriendo, éste, llegado el momento de la cosecha, decidió incumplirlas y quedarse con mayor cantidad de la pactada. Estalló entonces la justa indignación del veinteañero José, quien, sintiéndose ultrajado, decidió llevar las gavillas con una caballería a una “güebra” y allí les prendió fuego. Siempre se rebeló contra la injusticia.

La sublevación de Jaca y la Guerra Civil

Estaba cumpliendo el servicio militar en Jaca –en el Regimiento Galicia, n^o 19– cuando el 12 de diciembre de 1930 estalla la popular sublevación militar que pretendía acabar con la Monarquía de Alfonso XIII e instaurar la República. De esta manera, sin comerlo ni



José Rasal (el cuarto por la izquierda) en la boda de su sobrina M^a Angeles Martínez Rasal, 21-6-1958.



José Rasal, Manolo Corral, Julio Torralba, Joaquín López y Vicente Aso, todos de Biscarrués, en los inicios de los años 30.



Jesús Rasal Río con su madre anciana, María Río Torralba, su hija Nelly y su esposa Asunción, 21-6-1958.

beberlo, José se situaba en el vórtice de esa gran tormenta político-militar que iba a marcar la historia de España, y en la que también se vio inmerso, y por la misma razón, otro vecino de Biscarrués, José Torralba Buesa, de casa “Caballero”. Sublevación de Jaca que acabaría siendo todo un hito en la memoria colectiva de Biscarrués por todo lo acontecido en la tarde del sábado 13 de diciembre de 1930, cuando llegaron al pueblo Fermín Galán, el teniente Eustaquio Mendoza, el alférez Ramón Manzanares y el maestro armero Fernando Labrador. Después de descansar y reponer fuerzas en el café-fonda de casa “Fusilero”, Fermín Galán, como jefe de la rebelión, se rindió en el Ayuntamiento. Las horas que pasó Fermín Galán en Biscarrués –unas seis, desde las tres de la tarde en que llegó al pueblo hasta las nueve de la noche en que fue conducido en una camioneta al cuartel de la Guardia Civil en Ayerbe– fueron las últimas en libertad del capitán de Jaca, convertido –tras su fusilamiento y el del también capitán Ángel García

Hernández, en las tapias del polvorín de Fornillos, el domingo 14 de diciembre de 1930– en el “protomártir de la República”.

A los cabos y soldados que habían participado en la sublevación se les eximió de responsabilidad al entender que habían obrado bajo obediencia debida. Lo que no les libró de castigo. Como señaló Esteban C. Gómez en su obra *La insurrección de Jaca. Los hombres que trajeron la República*, salvo unos pocos que se quedaron para declarar, el resto fueron deportados a las plazas de soberanía en el norte de África: Melilla, Villa Jordana, Villa Cisneros. Pilar Martínez Rasal, la sobrina mayor de José, nos confirmó que su tío fue enviado a África, castigado por su participación en la sublevación. Por ella sabemos de las penalidades sufridas: “le obligaban a picar con un saco lleno de tierra encima de las costillas”. No recuerda, en cambio, el lugar exacto donde fue confinado, pero sí que, “cuando mi tío vino de África, nos trajo unos vestiditos muy monos, en tela de crespón: uno rojo para mí y

otro azul para mi hermana M^a Ángeles”. Tampoco recuerda la fecha del regreso, muy comprensible si tenemos en cuenta que Pilar debía de ser muy pequeña. De lo que no hay duda es de que José, una vez saldadas sus obligaciones con la Patria, regresó a su terruño natal, retomando sus trabajos agro-pastoriles y la ansiada tranquilidad. Una tranquilidad que se desvaneció con el golpe del 18 de julio de 1936.

En Biscarrués, Erés, Piedramorera y Presa del Gállego, así como en toda la zona de la Galliguera, los alzados se hicieron con el poder ya el 20 de julio. En los años previos, seguramente debido a la ausencia de grandes propietarios, en Biscarrués no hubo gran conflictividad social, si exceptuamos algunos disputas en los años veinte por el reparto del aprovechamiento del monte. Precisamente –según señala J. M. Azpíroz en *La voz del olvido*–, esta “ausencia de grandes propietarios propició el pacto entre los de izquierda y los de derechas para que prevaleciese la comunidad frente a los forasteros en los primeros días del golpe militar. El pacto consistió en no elaborar lista alguna y por tanto no delatar a nadie llegase quien llegase”. Imperó la sensatez, rara avis en aquel cálido verano del 36, y “dos o tres de cada tendencia se responsabilizaron para que no detuvieran, no se llevaran y no fusilaran a nadie”. Esto hizo que cuando llegaron los falangistas sedientos de sangre, el pacto funcionase y se evitaran las carnicerías que asolaron a otras poblaciones del entorno, como Ayerbe –57 fusilados y 4 muertos en la cárcel–,